



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Maestro, que veamos

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 46-52 (30º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 28 de octubre de 2018)



El Evangelio del ciego Bartimeo me sugiere dos escenas distintas pero con un denominador común: **la invitación a ver**, a tener los ojos bien abiertos para observar con profundidad la vida y el acontecer de Dios en la historia.

La primera escena tiene como protagonista **la gente del pueblo** al que está llegando Jesús y que riñe al ciego

porque grita con fuerza para llamar la atención de tan ilustre visitante. La gente no quería que la presencia de este indigente, de este descartable, empañara la fiesta y dejara una mala imagen de su pueblo. Esta escena me hace recordar algunas de las cosas que se suelen hacer en ciertas ciudades cuando vienen personajes de fama mundial. Recuerdo, entre el enfado y la indignación, cuando Bill Clinton, entonces presidente de los Estados Unidos visitó Cartagena de Indias en Colombia, las autoridades no tuvieron ningún reparo en que, para que éste no viera a los pobres que malviven en la calle y no escuchara sus gritos y sus lamentos, los metieron en un autobús y los llevaron a la ciudad vecina. Sencillamente, ¡los invisibilizaron!

Esta es una ceguera igual o peor que la de Bartimeo. Somos ciegos cuando no queremos ver más allá de nosotros mismos y decidimos hacer invisibles a las personas o situaciones que nos incomodan o no nos gustan. Les reñimos y les silenciamos para que sus voces y sus lamentos no perturben nuestra calma y podamos seguir disfrutando del bienestar y de nuestros espacios de confort aun sabiendo que cientos de hermanos están tirados o muertos a la vera del camino porque han perdido la batalla en su lucha por una vida con dignidad. Les queremos hacer invisibles porque su presencia denuncia que en materia de justicia no estamos haciendo bien los deberes.

La segunda escena tiene como protagonista a **Bartimeo**. Su grito “ten compasión de mí” es escuchado por Jesús y lo llama para que se acerque. Es curioso cómo, los que antes le reñían, me imagino que con el semblante un tanto molesto, le invitan ahora a ir al encuentro del Maestro, ahora sí lo ven.

Bartimeo quiere ver, quiere salir de la noche de sus sentidos, de la noche a la que le tiene sometido su enfermedad pero, además, quiere salir de la noche de su corazón para caminar bajo la luz por senderos de verdad, justicia, libertad, amor, etc. Nosotros, como Bartimeo, estamos invitados a decirle hoy al Señor que queremos ver, que queremos quitar de nuestra mente y de nuestro corazón tantos velos que nos impiden ver las diferentes realidades de nuestra existencia.

- Queremos ver con claridad el sentido de nuestra vida... no queremos seguir engeguados por el consumo y por el ansia de poder y figuración.
- Queremos ver con claridad el camino que nos propone el Evangelio para empeñarnos con todas nuestras fuerzas en la tarea de hacer de este mundo un mundo más humano y más fraterno; un mundo más reconciliado y más verdadero.
- Queremos ver a todas y todos los compañeros de camino. No queremos hacernos los ciegos haciendo invisibles a los últimos. Queremos ver el rostro de Jesús en los inmigrantes, en los refugiados, en las viudas, en los huérfanos, en aquellos que las sociedades que viven bajo la luz del dinero quieren que no veamos y van excluyendo de los bienes y servicios que son de todos.
- Queremos ver con la luz de la esperanza porque sabemos que Jesús nos pregunta una vez más ¿qué quieres que haga? Él está presente siempre en nuestra historia y en nuestra vida.
- Queremos ver la vida con ternura y con compasión para acercarnos con la bondad del Dios que acoge y sana, que libera y envía. ¡Son tantas las personas que sufren que necesitan nuestra mirada compasiva y misericordiosa!
- Queremos ver el sufrimiento de nuestra gente. En nuestro paisaje urbano ya es habitual ver colas de personas en las oficinas de empleo o en los comedores sociales; también vemos con frecuencia imágenes de personas migrantes que mueren intentando llegar a nuestras costas europeas o malviven entre nosotros, así como otras personas que rebuscan comida o ropa en los contenedores de nuestros barrios. Su rostro se graba en nuestra mirada.
- Queremos ver con humildad nuestra fragilidad y nuestra vulnerabilidad para acercarnos a los que sufren y a las víctimas como compañeros de camino y de lucha y no desde la arrogancia de quienes creen que siempre aciertan.
- Queremos ver, finalmente, que juntos podemos avanzar más y mejor. Que el camino de la unidad es posible cuando llenamos de Evangelio nuestra mirada y nos atrevemos, con todas y todos, a construir el futuro.

Con humildad reconozcamos que muchas veces somos ciegos y digamos con Bartimeo: Ten compasión de nosotros, Señor, y haz que veamos.